

María

y el polvo debajo del tapete

Versión literaria de **Marta Alcocer**
Ilustraciones de **Enrique Torralba**

Kipatla 
Para tratarnos igual





Versión literaria: Marta Alcocer

Ilustración: Enrique Torralba

Argumento original: Alicia Molina

Guion de la versión para televisión: Gabriela Vaca,
para la Estación de Televisión XEIPN Canal Once del Distrito Federal.

Idea original de la colección: Nuria Gómez Benet

Este texto fue elaborado en el Taller literario coordinado por el Maestro Agustín Monsreal

Coordinación general: Alicia Molina Argudín

Coordinación editorial: Adriana González Méndez

Cuidado editorial:

Norma Romero Ibarrola

María Cristina Vargas de la Mora

Marta Llorens Fabregat

Felipe de Jesús Ávalos Gallegos

Carlos Sánchez Gutiérrez

Diseño y formación: Margarita Pizarro Ortega

Formación: Karla Ma. Estrada Hernández

Investigación de “Para que conozcas más...”:

Víctor Hugo Ruiz Vázquez

Primera edición: octubre de 2014

© 2014 Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación

Dante 14, col. Anzures,

del. Miguel Hidalgo,

11590, México, D. F.

www.conapred.org.mx

ISBN: 978-607-7514-89-3 (Colección Kipatla, para Tratarnos Igual)

ISBN: 978-607-7514-98-5 (María y el polvo debajo del tapete)

Se permite la reproducción total o parcial del material incluido
en esta obra, previa autorización por escrito de la institución.

Ejemplar gratuito. Prohibida su venta.

Impreso en México. *Printed in Mexico.*

María

y el polvo debajo
del tapete

Versión literaria de **Marta Alcocer**
Ilustraciones de **Enrique Torralba**





La doctora Ibáñez trajo a su abuelita a vivir con nosotras. Está muy arrugada y mide lo mismo que yo. Su cabello es delgado, blanco y brillante. La encontré en la mañana cuando fui a la cocina a desayunar, en la terraza, sentada en la mecedora, con su cara y sus manos llenas de caminitos.

—Ven, ven —me llamó, y con un poco de miedo me acerqué a ella, paso a pasito, hasta casi tocar sus zapatos negros y raspados. Al verlos, me sentí en confianza.

Le pregunté quién era, nos presentamos y me sonrió diciendo:

—Yo soy Marce, pero me puedes llamar abuelita.

Como tenía prisa y no encontraba de qué hablar, me despedí para irme a mi Curso de Verano.

La mañana estuvo muy divertida. Hubo brincos, baile, canciones y caminamos sobre una cuerda tensa. Además, desde hoy hay muchas cosas que se ven diferentes. El profe Ismael nos enseñó ayer a ver las luces y sombras de una jarra, un cubo, una mano, lo que sea, según desde dónde le dé el sol

o la luz de la lámpara o la que entra por la ventana; dónde brilla, dónde está opaco algo y dónde se ve poco iluminado. Tomamos fotos desde distintos lugares, con la lámpara aquí y allá, prendida y apagada, con flash y sin flash, en el patio y en el salón, y las estudiamos: dónde está demasiado claro o muy oscuro, y dónde la luz ilumina mejor.

Me gustó que Paco y yo vimos un buen rato nuestras caras para captar sus luces y sombras, nos fotografiamos y estudiamos cómo se ven las imágenes en la computadora. Estoy aprendiendo cosas muy interesantes. Casi brinco de lo contenta que me siento.



En la tarde, en casa, doña Marce me llamó para preguntarme, como en la mañana:

—Y tú, ¿quién eres?

Eso es algo que no entiendo bien: ¿quién soy yo?

Y añadió:

—¿Qué quieres?

—Ay, abuelita, qué preguntas tan difíciles me hace. ¿Cómo voy a saber qué quiero si apenas cumplí once años? Lo voy a pensar y luego le cuento —contesté.



Después de eso, puse música. Durante un buen rato, tarareamos una canción de amor que repetimos varias veces.

Doña Marce estaba recordando que cuando era niña se subía a un árbol altísimo a cortar zapotes, cuando llegó mi mamá a darle su medicina y ella no la quiso. La invitó a merendar un plato de avena con nueces, pasitas y plátano que la abuelita rechazó porque no tenía hambre. Mamá dijo que perdía la paciencia

(¿dónde la habrá dejado?). Caminó un poco hasta quedar muy cerquita de mí y su angustia se hizo un susurro:

—No sé qué hacer, María. La doctora me pide que la atienda, que la cuide, pero ella no se deja. A ver si contigo quiere comer, ¿sí?

No fue nada fácil. Al final, la abuelita apenas probó su avena. En realidad, mi mamá y yo nos la comimos casi toda, y la medicina se la dimos mezclada con agua de tamarindo.

Hoy dibujé una cara en un papel. Es el diseño de la máscara que hice con vendas de yeso el primer día del Curso de Verano; aún es blanca y tengo que decorarla. No sabía cómo la quería, así que dibujaba y borraba sin encontrar qué hacer. La profe Alicia se dio cuenta y me aconsejó:

—Piensa que ya la traes puesta, cierra los ojos e imagínatela.

Máscara de ocelote, máscara de águila, máscara de monstruo, máscara de animal desconocido, peludo y con cuernos de vaca, máscara de dragona que echa fuego por las fauces, máscara de antigua habitante de una caverna, pasaron por mi imaginación, llegaron a mi cabeza, se fueron a mi mano y comencé a dibujar.

Mi mamá boleó los zapatos de doña Marce y ella se la pasaba mirándolos muy contenta. Levantaba una pierna, la otra, y se agachaba para verlos mejor.

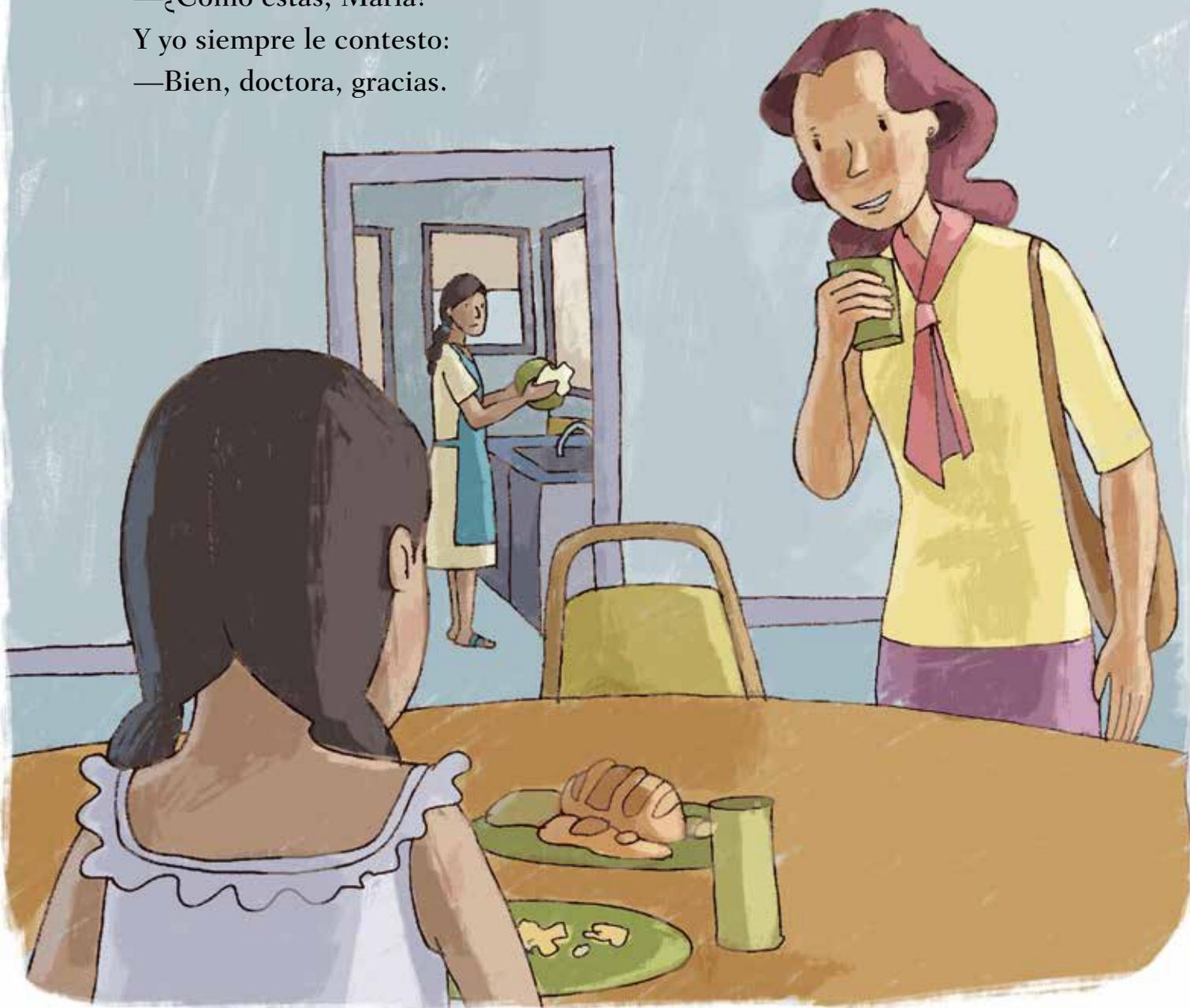
Yo tengo dos pares de zapatos, igual que ella. La doctora Ibáñez, en cambio, es dueña de quince. Todos como nuevos, limpiecitos, bonitos, elegantes. En las

mañanas, aparece en el comedor ya muy arreglada, me ve y, distraída, me pregunta:

—¿Cómo estás, María?

Y yo siempre le contesto:

—Bien, doctora, gracias.





No sólo me gusta el Curso de Verano, también me gusta... ¡Paco!

Es que no puedo dejar de verlo. Me gustan sus dedos largos. Me gusta cómo mueve los ojos. Me gusta su cuello. Me gusta su nariz, sus sombras y sus luces, y cuando se ríe, cuando se concentra, cuando hace lagartijas, y lo demás que haga y no haga, me gusta.

Por eso hoy me equivoqué en el baile, mi bastón de equilibrio rodó por el suelo, me embarré de pintura, estaba en la luna y por eso tardé en reaccionar cuando el profe Beto nos dijo a todos:
—Nos vemos mañana.

A mi mamá se le ha cargado el trabajo. Antes de que llegara doña Marce a vivir con nosotras, me preparaba el desayuno y nos íbamos juntas a la escuela o a la Casa de la Cultura. De regreso, ella se ocupaba del quehacer. Ahora yo preparo el desayuno, pongo la mesa y me voy sola a mi Curso de Verano, mientras mi mamá cuida que la abuelita se levante, se bañe y se vista; la peina y la deja lista para empezar el día. En la noche, después de cenar, se encarga de que se ponga su camisón y se quede tranquila para dormir, algo que para

doña Marce es difícil. Platican, cantan y cuentan borreguitos hasta que la abuelita cierra los ojos sin decir nada. Ciento doce ovejitas es el récord.

Todo mundo dice que es bueno que la doctora la haya traído a vivir con ella, porque ninguno de sus hijos se hacía cargo y estaba muy sola y desamparada, pero la verdad es que quien se ocupa de ella es mi mamá. Y yo, un poco. Salvo los domingos, porque salimos a pasear.

Aunque ayer, que fue domingo, mamá estaba tan cansada que no quiso salir lejos, como hacemos casi siempre; sólo llegamos al parque. Traía una cara de zombi que no se le quitó en todo el día. Ella se sentó en una banca mientras yo jugaba con unas niñas a la pelota. Así fue nuestro día libre.



Tiene pelos de zacate, arena, polvito de colores brillantes y unas rayas negras y verdes alrededor de los ojos que parecen formar una enredadera con hojitas. Así es mi máscara. Muy bonita. La voy a usar en una danza que nos está enseñando la maestra Alondra.

Además, estuve feliz mientras la decoraba. Durante un buen rato, lo único que existía en el mundo éramos mi máscara, que iba tomando forma, y yo. Soy ella.

El martes hubo una junta en la Casa de la Cultura. Comenzó a la una en punto, en el patio. Habían puesto una tarima con sillas donde estaban ya sentados los maestros y dos directores: el profe Beto, de la Casa de la Cultura, y el profesor Menchaca, de la primaria, como invitado especial. Los papás y mamás ya habían llegado. Todos, menos mi mamá.

—Vamos a dar inicio a esta reunión —informó la maestra Alicia.

Pensaba que no iba a poder contener las ganas de llorar, hasta que mi amiga Carmen, que estaba junto a mí, señaló con su dedo índice el portón diciéndome:

—¡Mira! ¡Ya llegó tu mamá!

Con pasos cortos, muy despacio, ella caminaba hacia la Casa de la Cultura, con su vestido azul rey que me gusta tanto, y con la abuelita del brazo, quien, volteando a la izquierda y a la derecha con los ojos muy abiertos, sonreía y saludaba a los niños que se detenían curiosos a verla.

Cuando pasaron por donde estaba el profe Beto, éste le preguntó a mi mamá:

—¿Quién es esta señora tan amable?

—Es doña Marce, la abuelita de la doctora Ibáñez. Ahora vive en su casa para que esté bien cuidada —dijo ella.

—Muy buenos sentimientos tiene la doctora. Qué importante es que veamos por nuestros parientes mayores, doña Rocío —asintió el director.

Mamá y doña Marce se fueron a sentar y a mí me dieron ganas de pasar al frente para explicarle al maestro Beto y a la concurrencia que la abuelita es buena gente, pero también es necia y berrinchuda. Y que quien la cuida es mi mamá. Que la doctora Ibáñez se levanta tarde, se va a trabajar, a veces ni come en la casa y regresa ya entrada la noche. Mi mamá ahora tiene tanto quehacer, que siempre está agobiada y a cada rato se pone de mal humor. Pero me quedé sentada y en silencio.





Los profesores nos contaron que hay una secundaria de artes que abrieron hace dos años cerca de Kipatla. Además de las clases, en esa secundaria hay varios talleres: Teatro, Danza, Pintura, Música, Diseño y Literatura. Es muy buena y muy solicitada, por eso hay que hacer un examen de admisión. En la Casa de la Cultura nos van a preparar para que sea más fácil que lo pasemos.

Dijo Menchaca que es una secundaria de tiempo completo. Los niños entran a las ocho de la mañana y salen a las cinco de la tarde. Les dan de comer allí y llevan también las materias del programa, como cualquier secundaria.

Los profes nos dieron esa información y yo comencé a emocionarme. De pronto me di cuenta de que podía convertirme en una pintora que, además de hacer máscaras, toque el arpa, baile, invente cuentos y los convierta en teatro. Seguí emocionándome.

En ese momento, supe lo que deseaba: hacer la secundaria allí y luego seguir estudiando hasta convertirme en una artista famosa, para ganar dinero y que mi mamá ya no tenga que trabajar tanto.

A mi mamá no le entusiasmó para nada que yo quisiera hacer la secundaria en una escuela que está a media hora de Kipatla. Dijo que, antes de tomar una decisión, necesitaba hablar con la doctora Ibáñez. La maestra Alicia le aseguró que, como es muy buena persona, estaría encantada de que yo estudiara allí.

A mi mamá le preocupa si le dará tiempo de llevarme tempranito y en la tarde ir por mí. Yo le insisto en que me puedo ir sola. O, mejor aún, con mis amigos. ¡Con Paco! Para entonces ya estaré más grande. Pero no puedo convencerla.

Mamá le confió al profe Beto que le preocupaban los gastos del transporte, el uniforme, los útiles (porque seguro piden material). El director la tranquilizó: había tiempo para conseguir una beca y así no nos costaría nada.

—Era un hermoso gato gris. Su pelo largo, suavcito, con rayas oscuras y un antifaz que me recuerda tu máscara. Grande como un tigrito y bueno para cazar ratones. Ni uno solo había en la casa.

Por tercera vez, la abuelita me contaba la historia de su gato. Lo quiere mucho, aunque se haya muerto desde hace quién sabe cuántos años.





Yo la oía y, aunque ya conocía sus respuestas, le preguntaba más sobre él, mientras hacía un dibujo en una cartulina, la comida acababa de cocinarse y mamá ponía la mesa.

Cuando llegó la doctora Ibáñez, le ayudé a doña Marce a levantarse de su silla y ambas se sentaron a comer. Yo me fui a la cocina; desde ahí escuché:

—Ese suéter que traes está muy sucio, abue. ¡Rocío!!!

Mamá salió al comedor. La doctora le preguntó, impaciente, por qué la abuelita traía puesto un suéter viejo y sucio.

—Ella quiso ponérselo porque le gusta mucho —musitó mi mamá para responder al reclamo.

No entendía que mamá lo sacó para lavarlo, la abuelita lo vio, se lo puso y ya no se lo quiso quitar.

Yo me asomé al comedor y vi a la abuelita tirándole al perro, echado debajo de la mesa, pedazos de tortilla que él se comía enseguida. Y a mamá, que se puso nerviosa tratando de explicarle a la doctora, la oí atreverse a confesarle que no se daba abasto con los cuidados de doña Marce y todo el trabajo de la casa.

En medio de la discusión, doña Marce se levantó y se fue a la terraza, mientras la doctora le aclaró a mi mamá que no puede dejar la clínica para quedarse con su abue y por eso le paga a ella.

—¿Quieres más dinero? —le preguntó.

Mamá negó con la cabeza. Insistió en que ya no podía más, que doña Marce era una persona muy difícil, y la doctora Ibáñez casi le gritó que tenía que poder.

Para ese momento, yo ya estaba en la terraza acabando de dibujar y la abuelita tomaba los últimos rayos del sol. Oí a mamá quejarse de que ella hacía todo lo posible por cumplir, pero, además, la casa era muy grande.



Yo le mostraba a la abuelita el gato que había dibujado. Nos reíamos, porque le pinté los bigotes para abajo y se veía muy chistoso. En eso me di cuenta de que la doctora me vio y la oí decirle contenta a mamá:

—¡Ya sé! María te va a ayudar.

La risa se me congeló por la sorpresa. Mamá le discutió a la doctora Ibáñez que yo iba a la escuela.

—Pero si ahorita está de vacaciones —se extrañó.

—María va a un Curso de Verano en la Casa de la Cultura —le hizo saber mi mamá.

—Pues que te ayude en la tarde, cuando regrese. Mírala, qué bien se lleva con mi abue.

Y sin más, se acercó a mí y me ordenó:

—A ver, María, a partir de mañana te vas a encargar de mi abuelita. Cuando regreses de tu curso, claro. La vas a ayudar en cualquier cosa que ella necesite. No te le despegues. Y no te preocupes, que te voy a pagar.

Se volteó a ver a mamá y le presumió:

—¿Ya ves qué fácil? Ahora sí, ya no hay pretextos, las cosas vuelven a ser como antes. Y ya me voy a trabajar, porque se me hace tarde.



A la abuelita le daba miedo que entrara alguien a robarnos. Quería que yo estuviera con ella toda la tarde. En la bolsa de su delantal guardaba una campanita que le dio la doctora Ibañez. Si me alejaba, la tocaba para que

regresara a su lado, por eso, en las mañanas salía corriendo al Curso de Verano, antes de que fuera a aparecerse.

Lo bueno es que conmigo sí se tomaba su medicina, le encantaba cenar con nosotras y nos platicaba historias que pasaron en Kipatla hace como cincuenta años.



Dice mi amiga Carmen que yo le gusto a Toño. ¿Será cierto? Lo miro de reajo y me doy cuenta de que él hace lo mismo. Nos miramos de reajo. Sólo unos segundos.

Cuando yo sea grande, no quiero ser enojona como la doctora Ibáñez, quiero ser pintora, danzante, viajar por México y el mundo, leer más libros y saber muchas cosas.

La doctora me pidió que me quedara a cuidar a la abuelita toda la mañana y gran parte de la tarde, sólo por una semana. Quiere que mamá lave las ventanas, bañe al perro, pula los muebles de madera de la casa y haga el aseo a fondo, además del quehacer diario. Eso lo hacía cada mes, pero con la abuelita en casa ya no le da tiempo.

Yo no puedo faltar a mi Curso de Verano. Se lo dije a la doctora, pero ella se hizo oídos sordos; insistió en que ha sido muy buena conmigo y con mi mamá al dejarnos vivir en su casa, y que sería bueno que, por una sola vez, yo le correspondiera. Añadió que nunca me había pedido un favor y que necesitaba que le dijera que sí. Y eso hice.

Tengo una prima llamada Ana. Antes vivíamos en un rancho con ella y sus hermanitos. Ana es tres años mayor que yo. Inventaba juegos que a todos nos gustaba jugar. Por ejemplo, uno de nosotros se metía en un tambo grande, vacío, y los demás lo empujábamos para rodarlo. Enseguida, le tocaba a otro, y así nos

íbamos turnando. También jugábamos a volar. Encerrados con ella en una bodega oscura, sin ventanas, cantábamos una canción que inventó: “A volar, a volar, ya nos vamos a volar”. Y después decía “¡ya estamos volando!”. Íbamos al país de los gigantes, o al de los mariachis, al de los dragones, al de los chaneques o al del agua. Sólo Ana podía salir a explorar y, cuando regresaba, nos contaba lo que según ella había visto, y todos le creíamos sus historias.

Un día, el papá de Ana tuvo un accidente con una máquina y se quedó sin su mano derecha. La mamá de Ana se fue a la ciudad y allí consiguió trabajo en una casa. Así mantuvo a su familia. Mis abuelitos se quedaron en el rancho, para

cuidarnos a todos y a mi tío. Mi mamá vino a trabajar a Kipatla con la doctora Ibáñez y después fue por mí.

Ana también vive en Kipatla. Ayer me la encontré cuando fui a comprar unos mangos que me encargó mi mamá. Me dijo que está trabajando en una casa, igual que yo; que la tratan bien. Hace el aseo, lava la ropa y cuida a un bebé. Yo le platicué que, como ella, estoy trabajando y me preguntó si iba a dejar la escuela. No quiero, le contesté, pero ahorita mismo ya no voy a un Curso de Verano que me gustaba mucho, porque me necesitan todo el día. Cuando oyó eso, su cara cambió y me gritó “quedito”, alarmada y decidida:

—¡No dejes la escuela por ningún motivo! Yo no pude acabar ni la primaria y eso que me gustaba



estudiar. El señor de la tienda de aquí a la vuelta dice que en casi todos los trabajos te piden, por lo menos, la secundaria terminada. Yo tengo que seguir estudiando. Algún día... —y su cara se puso triste.

Me acompañó a la recaudería y, mientras caminábamos, me contó que tiene un novio que quiere llevársela a vivir con él. Se llama Nicolás y es tres años mayor que ella.

Ana me dejó pensando.



La semana sin Curso de Verano se convirtió en dos. Mamá me pidió que aguantara. La doctora me felicitó, dijo que su abuelita se veía muy feliz desde que yo la acompañaba. Ellas más contentas, y yo más triste y apagada. Me costaba trabajo levantarme. Extrañaba mucho a mis amigos, sobre todo a Carmen, a Paco y a Toño. Me sentía sola. Un día que estaba cayendo una ruidosa tormenta, salí a la terraza y grité lo más fuerte que pude, rugí como leona y me puse a dar saltos hasta que me cansé.

Acompañé a la abuelita a pasear. Le pongo música y cambio de canción cada vez que no le gusta una. Le platico, la escucho, le ayudo a levantarse y a sentarse, le doy su medicina... ¡y me aburro tremendamente!

Carmen, Paco y Toño limpiaron con mamá los ventanales de la casa. Habían llegado temprano en la tarde a preguntar por qué ya no iba al curso, y yo les conté. Se acercaron a saludar a doña Marce, bromearon con ella y Paco le preguntó si quería que yo siguiera estudiando. Ella me miró a los ojos y muy sonriente dijo:

—¡Claro que sí! ¡La escuela es muy importante! Ve a mi nieta, toda una doctora que no necesita a nadie que la mantenga. ¡Sola ha salido adelante!

Nos contó que, cuando ella era niña, tomaba clases debajo de un fresno grande y frondoso, porque todavía no había escuela allí donde vivía. Cuando acabó su historia, se quedó dormida.

Mis amigos y yo recordamos que en la escuela nos enseñaron que estudiar es un derecho de los niños y niñas, y que en México la secundaria es obligatoria. Les hablé de mi prima Ana, que tuvo que dejar de estudiar, y ellos platicaron de otros niños que conocían, a los que les pasó lo mismo: abandonaron la escuela.

—A mí me va a pasar eso. Seguro —dije con miedo, levantando los hombros.

—¡No, no, no! —casi gritó Paco.

—Todos nosotros vamos a acabar la primaria y a entrar a esa secundaria de artes que está cerca de Kipatla, eso que ni qué —reclamó Carmen y se puso roja. Sus palabras fueron como golpear un clavo con un martillo.

Toño me apretó el hombro y, con una voz suavcita y calmada, rarísima en él, habló:

—Vamos a pensar. Acuérdate de lo que dice la maestra Alicia, que cada problema tiene varias soluciones.

Pensamos y, después de decir unas cuantas tonterías, se nos ocurrió una idea buenísima para que la doctora me dejara regresar al Curso de Verano.



Anoche volvió a llover. En la mañana, mi mamá se fue al mercado. Yo salí con la abuelita a dar una vuelta al jardín y las dos chapoteamos de lo lindo en el pasto empapado.

Cuando entramos a la casa, dejamos nuestras huellas en el piso y en el tapete. Le ayudé a la abuelita a cambiarse las calcetas y los zapatos.

Fuimos a la cocina; se estaba cocinando a fuego lento un rico guisado de lentejas. Levanté la tapa y lo probamos con un cucharón. ¿Verdad que le falta sal y pimienta, abuelita? Estuvimos de acuerdo. Yo le puse sal y más sal y ella pimienta y más pimienta al guisado.



Pasamos a la recámara de la doctora y le probé a doña Marce un saco azul clarito que estaba en el clóset. Le quedó un poco grande, pero le gustó. Llegamos al comedor, saqué mis plumones, acuarelas, pinceles y papeles, y nos pusimos a pintar. Yo pinté su cara y ella la mía. Coloreamos nuestros dedos y las palmas de las manos y pusimos nuestras huellas en un papel... y una o dos, como adornos, en su saco y en mi playera.

Para no mancharnos más, nos cambiamos de ropa. Con mucho cuidado, colgué el saco de la doctora en su clóset.

Cuando mamá llegó, corrió a la cocina para apagar el guisado y me dijo:

—Mira cómo tienes pintada la cara.

—Es una obra de arte de la abuelita —respondí por ella, que dormitaba en su mecedora—. Y por cierto, no encontré su medicina.

¡Cómo se puso la doctora Ibáñez cuando vio su tapete, su saco y a su abue pintados de colores! A mí me dio risa mientras me regañaba y casi suelto una carcajada. Así, así, francamente, me sentí bien haciendo travesuras. La doctora se las merece. No atiende a su abue y no me deja ir al Curso de Verano. Y todo, todo lo de la casa, lo tenemos que hacer mi mamá y yo. Estoy muy enojada con ella. Por eso me reí al verla rabiar y regañar. Se dio cuenta y más se enojó. Casi llorando, dijo:

—Y esa cara de contenta que tienes... ¡Es el colmo!



Mamá trató de defenderme:

—Es una niña, es sólo una niña —insistía, pero la doctora no entendía razones.

La abuelita se puso a llorar. La doctora me mandó a mi cuarto. Mamá fue tras de mí y, a solas, también me regañó.

Hoy llegó una enfermera que se va a hacer cargo de la abuelita y la doctora Ibáñez va a buscar también una cocinera, porque nos corrió de su casa.

Mamá le pidió una indemnización y ella fue por su bolsa, sacó unos billetes y se los dio.

Estoy muy triste. Soy mala. La abuelita no tiene la culpa. Sin querer, le hice daño a mi mamá. Nos vamos a regresar al rancho. Allí me voy a quedar yo, mientras ella busca trabajo otra vez.

Le hablé por teléfono a Carmen y le platicué que el plan no resultó. Se alarmó; no lo podía creer, porque la doctora es muy buena.

—Pues no siempre, ni con todos —le contesté y colgué, porque se me hizo un nudo en la garganta.

Mientras mamá y yo tomábamos el camión, no sabíamos que Carmen, Paco y Toño habían ido a hablar con el maestro Beto y le habían contado lo que planeamos, por qué lo planeamos y lo que pasó después.

El profe Beto les dijo que la habíamos regado completamente y los ayudó a pensar en soluciones para que yo volviera a Kipatla y siguiera estudiando.



El sábado en la tarde, mis amigos, acompañados por el maestro, fueron a ver a la doctora, le contaron la película, le pidieron disculpas porque creyeron que la idea era buena y resultó mala, y ella se mostró apenada.

Paco me platicó más tarde que el maestro Beto le hizo saber a la doctora Ibáñez que todos los niños tenemos derecho a terminar la primaria y estudiar la secundaria, además de que yo era una buena alumna y sería una verdadera tristeza que dejara la escuela.

Por esos días, la doctora Ibáñez se fue a tomar un café a los Portales con su amiga: la maestra Alicia. Ella le platicó que me había emocionado al saber que existe cerca del pueblo una secundaria de artes. Además, la maestra le contó cuánto le importa que las niñas y niños de Kipatla, a los que quiere tanto, tengamos más y mejor educación.



Mientras hablaban, la doctora acabó de caer en la cuenta de que había cometido un error al obligarme a dejar mi Curso de Verano, y posiblemente la escuela, para trabajar. Al mismo tiempo, la maestra Alicia entendió que la doctora tenía un asunto que resolver llamado “mi abue”.

La doctora le contaba a la maestra que veía triste a su abuelita. En ese momento, se acercó a ellas el papá de Paco, quien había estado escuchando la conversación desde una mesa vecina. Él tiene un tío mayor y sugirió presentárselo a doña Marce. Ambas amigas recordaron que en Kipatla había otras personas adultas mayores a las que alguien cuidaba, y otras más que estaban descuidadas y solas. Entonces, se les ocurrió que podrían hacer un club de personas mayores, un espacio donde pudieran reunirse una vez por semana.

Cuando le contaron su idea a mi profe, a él también se le prendió el foco:

—¿Qué tal si organizamos en las mañanas, en la Casa de la Cultura, actividades para adultos mayores, ahora que termine el Curso de Verano? Podrían tener clases de baile, de manualidades, de artes plásticas, de música, de cine...

A la doctora Ibáñez y al papá de Paco les pareció muy buena idea.



—Y en la clínica donde trabajo podríamos organizar sesiones para platicar de cómo se sienten y estimular su memoria —añadió la doctora.

Una semana después, regresó mi mamá al rancho a buscarme.

—Ya tengo trabajo —sonrió—. ¡En Kipatla!

Tomamos el camión que nos llevó hasta el centro del pueblo y cuál no sería mi sorpresa cuando llegamos a la mismísima casa de la doctora Ibáñez.

“¿Qué pasa aquí?”, pensé en el momento en que abrió la puerta y nos dio un gran abrazo de bienvenida. Se me hizo muy raro.

Atrás vi a la abuelita y corrí a abrazarla.

Nos habíamos extrañado enormemente.

Durante la semana que estuve fuera, la doctora Ibáñez se había dado cuenta de que nosotras éramos importantes para ella. Por eso, desde que regresamos mamá y yo, se mostró incluso cariñosa. Ahora comemos juntas las cuatro y eso me gusta mucho.

La doctora y yo aceptamos que nos habíamos equivocado: ella porque nunca se fijó en que yo no soy la solución para cuidar a doña Marce y debo seguir estudiando, y yo por lo que hice para volver a mi Curso de Verano.



Mamá también habló con la doctora Ibáñez, un sábado por la mañana. Le dijo que a ella le gustaría que le escribiera cuáles son sus actividades y su horario de trabajo.

—No lo tome a mal —añadió—. Quiero saberlo para tomar mis previsiones.

Yo temí que la doctora se enojara, pero estaba de buen humor y relajada, así que hizo cara de sorpresa, lo pensó un momento, sonrió y contestó:

—Claro que sí, Rocío. Cuentas claras, amistades largas.

Fui por papel y pluma. Entre las dos me dictaron una lista larga de cosas que mamá hace. Las tres nos asombramos de cuántas y qué variadas son. Se pusieron de acuerdo en su horario y lo mejor de todo es que ahora tendrá libres los sábados en la tarde, además de los domingos. Yo me atreví a preguntar si también anotaba los días de vacaciones.

—Sí —volvió a afirmar la doctora—, pero tendrán que ser a fin de año, como siempre.

Y añadió:

—Lo que estás escribiendo, María, es ni más ni menos que un contrato entre tu mamá y yo.

Al final, fui a sacarle una fotocopia, cada una le puso su firma y guardó su copia.

Todavía alcancé a salir en la representación final del Curso de Verano, que estuvo muy divertida. Me tocó bailar con Toño y luego con Paco, eso fue lo mejor.

Entre el público pude ver a la doctora Ibáñez, sentada entre mi mamá y doña Marce.

En las mañanas, la doctora Ibáñez lleva a su abue a donde se reúnan sus amistades: la Casa de la Cultura o la clínica. Un día al mes se queda en casa, para recibir a las personas del club y estar al pendiente de ellas. Después de comer, doña Marce se queda con nosotras y nos hacemos compañía. Mañana entraré a sexto de primaria y dos tardes a la semana iré a la Casa de la Cultura para tomar un Taller de Artes con mis amigos y amigas.





Para que CONOZCAS más...

¿Qué es el trabajo del hogar?

El *trabajo del hogar* o *trabajo doméstico* es aquel que se realiza en y para un hogar. Incluye tareas como cocinar, limpiar, realizar compras, cuidar niñas y niños, así como otros cuidados personales, y puede ser remunerado o no remunerado.

El trabajo del hogar no remunerado es realizado, generalmente, por integrantes de la familia en el hogar propio, sin obtener pago alguno. El trabajo del hogar remunerado es aquel en el que existe un pago por realizarlo, a partir de un acuerdo o convenio. Existen dos modalidades para el trabajo del hogar remunerado, conocidas como “de planta” y “de entrada por salida”; en la primera, la empleada o el empleado habita en el mismo hogar en el que desarrolla su trabajo, mientras que en la segunda sólo acude al hogar para prestar sus servicios.

¿Cómo viven la discriminación las personas trabajadoras del hogar?

En diferentes partes del mundo, el trabajo del hogar ha sido una actividad con tintes de esclavitud moderna, disfrazada de actitudes paternalistas, semi-familiares o de madrinazgo abusador. Es un trabajo aislado, prácticamente invisible en las leyes y sus condiciones más duras e inhumanas suelen ser minimizadas. Esta situación propicia la desprotección de las personas que realizan este trabajo, cuya vulnerabilidad se incrementa debido a que este tipo de labores están altamente feminizadas: nueve de cada diez personas trabajadoras del hogar son mujeres. El trabajo del hogar es considerado social y económicamente inferior, los sueldos son bajos, no hay prestaciones sociales y existe poca o nula capacitación.

El trabajo del hogar y las personas que lo realizan han sido denominados de manera despectiva y ofensiva, con una gran diversidad de apelativos que las denigran, tales como servidumbre, mozos, gatos, criadas, sirvientas, mucamas, fámulas, muchachas o “chachas”, entre otros apelativos que reflejan un conjunto de estereotipos y comportamientos discriminatorios que viven y padecen millones de personas en nuestro país y en el mundo.

En nuestro país, la gran mayoría de las personas que ejercen el trabajo doméstico provienen

de comunidades indígenas o zonas rurales, por lo que muchas de las mujeres que trabajan en esta área provienen de lugares con un alto índice de pobreza y marginación, tienen un nivel bajo de instrucción formal –muchas de ellas apenas saben leer y escribir en español–, y muchas son niñas, adolescentes o madres solteras, por lo que tienden a desconocer sus derechos laborales.

La *Encuesta Nacional sobre Discriminación en México 2010* arrojó la siguiente información:

- El exceso de trabajo y el poco sueldo son los principales problemas de las trabajadoras del hogar, seguidos por el abuso, el maltrato, la humillación y la discriminación.
- Nueve de cada diez trabajadoras del hogar no cuentan con un contrato laboral.
- Tan sólo 5.2% de las trabajadoras del hogar tienen vacaciones y apenas 1% obtiene prima vacacional.
- La mayoría labora todo el día, siguiéndole en porcentaje aquellas que trabajan sólo en las mañanas.
- El principal derecho laboral vulnerado es la falta de seguro médico, seguido de no tener vacaciones, no poder ir a la escuela, no recibir aguinaldo y no tener horarios de trabajo fijos.

- La cuarta parte de las personas justifica dar de comer los alimentos sobrantes a las trabajadoras del hogar y 8 de cada 10 personas creen que esto sucede en la práctica.

¿Cuáles son las condiciones que prevalecen en el trabajo en el hogar?

Además de los datos que señala dicha encuesta, generalmente:

- No se respeta la duración de la jornada laboral que establece la ley.
- No hay acceso a servicios de crédito hipotecario, ni a guarderías.
- En muchos hogares, las personas son tratadas de forma ofensiva y humillante.
- El monto del salario suele ser inferior al de otros oficios e incluso, en ocasiones, ni siquiera reciben un salario, sino que trabajan sólo por la comida y la vivienda.
- En el caso de las personas que trabajan de planta, no se establecen sus horas de trabajo, sus espacios privados y sus funciones, además de que muchas veces las habitaciones que les asignan carecen de las condiciones mínimas de comodidad, higiene y seguridad.
- Sufren frecuentemente acoso laboral y abuso sexual.

- La relación laboral es, en muchas ocasiones, terminada sin una causa justificada y sin recibir una liquidación.

Reflexiona y actúa...

Emilia trabaja de planta en una casa. Un viernes, al finalizar su jornada de trabajo de ocho horas, la persona que la emplea le pide que se quede un ratito más, “para echarle una manita con lo que falta”, pues tuvo una reunión con un montón de gente y la casa quedó hecha un relajo. Ese ratito resultan ser cinco horas más de trabajo y, encima, no le pagan extra por ellas. Cuando termina, se va a su pequeño cuarto en la azotea, que tiene una ventana sin vidrio que no han querido arreglar, por donde se cuele un chiflón helado. Hace frío, pero se cubre con un par de cobijas viejas que le dieron y logra conciliar el sueño. A la mañana siguiente (o mejor dicho, la madrugada siguiente), tiene que pararse a las 4:30 a. m., cuando todavía está oscuro y hace un frío que le cala los huesos, pero ni modo, tiene que pararse a trabajar, a pesar de la desvelada del día anterior, porque si no le pegan unas regañizas horribles. Su baño no tiene calentador, así que se tiene que bañar con agua helada. Cuando está preparando el desayuno para la familia, se descuida un segundo y se corta horrible un dedo, pero, como

no tiene seguro social, tiene que curarse como puede, con lo que encuentra en la casa. El domingo sólo le dan permiso de descansar o salir a pasear en la tarde, el resto del día lo pasa trabajando. Justo antes de salir, le pide a quien la emplea que le pague su quincena y, encima de que el pago es muy bajo, le pide una disculpa porque “en ese momento no tiene efectivo para pagarle”, pero que se lo paga sin falta el martes. Así que tiene que salir, sin un quinto en la bolsa, a dar una vuelta al parque, para regresar a trabajar. La fatiga se hace sentir en su cuerpo, pero se aguanta, pues no tendrá vacaciones hasta quién sabe cuándo.

¿Cómo te sentirías en una situación así? ¿Sabías que muchas trabajadoras y trabajadores del hogar pasan por situaciones similares a éstas? ¿Qué harías para apoyar a una persona que se encuentra en tal situación? ¿Conoces alguna persona que realice trabajo del hogar? ¿Cómo es tratada por quienes la emplean? ¿Tiene un contrato justo de trabajo que sea respetado? ¿Sabes cuáles son los derechos laborales mínimos de una persona trabajadora? ¿Crees que se respetan los derechos laborales de la persona trabajadora del hogar que conoces? Anota las ideas que surjan de tu reflexión y coméntalas con tus amistades, tu familia y tus compañeros y compañeras de la escuela.

¿Quieres leer los demás cuentos de la colección Kipatla, para Tratarnos Igual?

En el sitio web del Conapred <www.conapred.org.mx> puedes descargar los libros en versión digital y en radiocuentos. En el canal del Conapred en Youtube puedes ver los capítulos de la serie de televisión con interpretación en lengua de señas mexicana.

María y el polvo debajo del tapete
se terminó de imprimir en noviembre de 2014 en los
Talleres Gráficos de México, Canal del Norte 80,
col. Felipe Pescador, del. Cuauhtémoc,
C. P. 06280, México, D. F.

Se tiraron 10000 ejemplares.





María quiere ir a la secundaria de artes que está cerca de Kipatla para estudiar pintura y poder hacer las escenografías de las obras de teatro que ella misma escriba. Para la maestra Alicia, quien da un taller en el Curso de Verano, esa es una excelente noticia. Como parte de las actividades, les ha encargado que realicen una máscara. María hace una sorprendente, la mejor. Sin embargo, a pesar de su anhelo, María no cuenta con que tiene que cuidar a doña Marce, la abuelita de la doctora Ibañez. Es tanto el trabajo que debe hacer, que por un momento parece que no tendrá tiempo para realizar sus sueños.

SEGOB
SECRETARÍA DE GOBERNACIÓN



CONSEJO NACIONAL PARA
PREVENIR LA DISCRIMINACIÓN

A leer
IBBY MÉXICO

EJEMPLAR GRATUITO
Prohibida
su venta